

EN LA COLEGIATA DE TALAVERA.

Por Juan José Fernández Delgado.

La robusta mole de granito, ladrillo y mampostería, abrochada con muros, contramuros y arbotantes, impone su impronta nada más entrar en la Plaza del Pan por el suroeste. Al instante, nos hacemos con la puerta principal reseñada por un hermosísimo rosetón gótico-mudéjar de ladrillo, enmarcado en un perfecto cuadrado y evocador de los de Guadalupe, y con la gallarda y señorial torre de tres cuerpos, más el campanil y el puntiagudo chapitel, sus dos ojitos de buey y una ventanita geminada con recuerdos desgraciados de D^a María Eugenia de Uceda, esposa fiel del válido D. Fernando de Valenzuela y nombrada “La loca de Leganitos”, que en esta torre pasó aciagos días de encierro y soledad... Y estos arbotantes y contrafuertes, y la magnitud del edificio más los esbeltos pináculos hablan desde lejos del sello gótico de la fábrica eclesial, matizado por el rosetón y el frontón de la fachada.

Acaba de cumplir ochocientos años esta Iglesia de Santa María, asentada, quizá, sobre los reales de una mezquita mayor que, a su vez, pisoteaba los cimientos de una iglesia visigoda cuya cristiandad, según Francisco de Soto, procede de aquellos días en que predicaba en ella el Apóstol Santiago y dejó como obispo a Pedro, el predilecto entre todos sus discípulos. Y esta primitiva iglesia, que conoció la infancia y primera juventud de los tres hermanos mártires de Talavera, sería la heredera directa de un templo romano dedicado a Marte. Y ya que nos movemos por

estos pretéritos tiempos en aras del octavo centenario recién cumplido, diré que en 1211, un año antes de la significativa batalla de Las Navas de Tolosa, se presentaron en la villa talaverana el rey Alfonso VIII y el arzobispo Jiménez de Rada en busca de soldados y de otros apoyos para la gran contienda contra el moro. Y Talavera y sus antiguas tierras colaboraron con generosidad, por lo que ambos mandatarios hubieron de acceder a la solicitud que les presentaron los representantes de aquella histórica corporación: por ella, la Iglesia de Santa María la Mayor –así nombrada en antiguos legajos y documentos-, fue elevada a categoría de Colegial, título que ha ostentado hasta mediados del siglo XIX.

Nueva y reluciente, airosa, con olor y sabor a limpio, reanimada después de tanto encierro secular, de tanta oscuridad, de tanto silencio. Parece más alta al ser mucho menos oscura, pues el alabastro se ha desprendido de la pátina de los siglos y se ha combinado con el cristal; en efecto, se han corregido las cubiertas de las naves laterales, han sido recuperados y ampliados los ventanales del triforio de la nave central, en los que se han instalado nuevas vidrieras de alabastro, y se ha potenciado la luminosidad del templo lavando el rostro a las vidrieras policromadas del altar mayor, a los ojos de buey estratégicamente colocados y al espléndido rosetón... Pero entremos al recinto, pues los arcos ojivales y abocinados se han abierto con la llave maestra de D. Daniel, el párroco...